

PARA PROFUNDIZAR MÁS EN JUAN 3, 14-21

- Dios ama el mundo:** Lo ama tal como es. Inacabado e incierto. Lleno de conflictos y contradicciones. Capaz de lo mejor y de lo peor. Este mundo no recorre su camino solo, perdido y desamparado. Dios lo envuelve con su amor por los cuatro costados. Esto tiene consecuencias de la máxima importancia:
 - Primero: Jesús es, antes que nada, el «regalo» que Dios ha hecho al mundo, no sólo a los cristianos(as). Quien se acerca a Jesucristo como el gran regalo de Dios, puede ir descubriendo en todos sus gestos, con emoción y gozo, la cercanía de Dios a todo ser humano.
 - Segundo: La Iglesia «es enviada por Cristo a manifestar y comunicar el amor de Dios a toda la humanidad». Nada hay más importante. Lo primero es comunicar ese amor de Dios a toda la humanidad.
 - Tercero: Según el evangelista, Dios hace al mundo ese gran regalo que es Jesús, «no para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él». Es muy peligroso hacer de la denuncia y la condena del mundo moderno todo un programa pastoral. Sólo con el corazón lleno de amor a todos, nos podemos llamar unos a otros a la conversión. Si las personas se sienten condenadas por Dios, no les estamos transmitiendo el mensaje de Jesús sino otra cosa: tal vez, nuestro resentimiento y enojo.
 - Cuarto: En estos momentos en que todo parece confuso, incierto y falto de esperanza, nada impide a cada uno introducir un poco de amor en el mundo. Es lo que hizo Jesús. No hay que esperar a nada. ¿Por qué no va a haber en estos momentos hombres y mujeres buenos, que introducen entre nosotros amor, amistad, compasión, justicia, sensibilidad y ayuda a los que sufren...? Estos construyen la Iglesia de Jesús, la Iglesia del amor.
- El juicio.** El juicio, de salvación o desgracia, se realiza en la actitud de aceptación o rechazo al mismo Jesús (3,18-21). En el evangelio de Juan no existe un juicio futuro, que tendría lugar al final de los tiempos, al estilo de los otros tres evangelios, llamados evangelios sinópticos (Mt 25,31ss). El juicio, según el Evangelio de Juan, se realiza aquí y ahora por la actitud del ser humano ante el Hijo de Dios (3,18). Dios envió a su Hijo al mundo para que el ser humano pueda salvarse. Dios hizo la oferta de la vida. Oferta que sigue abierta. Debe ser aceptada en la fe. Lo contrario equivale a la auto-exclusión de la vida. Así, el único juicio que abarca a toda la humanidad es la llamada a vivir en la luz. Cuando el sol sale, nadie puede esconderse a sus rayos...y así también los seres humanos. Cuando Cristo nace, ninguno debiera alejarse de esta luz que todo lo inunda. Pero los seres humanos buscamos formas de poder escapar de la luz del Amor que ilumina por todos lados, viviendo a oscuras en nuestro egoísmo, nuestro pecado, para continuar libremente haciendo las obras del mal que nos alejan de Dios y de los hermanos/as. ¿Puede una obra falta de luz dar la vida? La luz de la existencia tiene una sola fuente: Dios. Quien se aparta de la luz, muere.
- «Para que tengamos vida».** Dios no quiere que ninguno perezca o muera, sino que tengamos vida en abundancia, vida eterna. Dios ha creado al ser humano y al mundo para que vivan. Pero en el mundo existe una realidad de mal, de pecado. La acción de Jesús es la de luchar contra este

mal: Él es más fuerte que la fuerza del mal y la vence. La vence a fuerza de amor. Creer en Jesucristo, seguir a Jesucristo, significa que los cristianos tenemos que cooperar en su lucha para hacer posible la voluntad de Dios: que nada perezca, que ninguna persona muera por falta de pan, de amor, de compasión, de compartir y de solidaridad.